

Un punto de partida

Para aquellas personas que hemos ganado la batalla a un cáncer, llega un momento en el que el sufrimiento se va diluyendo, los tratamientos van ganando la partida, nos parchean los boquetes y nos dejan de nuevo listos para la circulación. El mundo vuelve a ser mundo, pero con algunas diferencias: tenemos los nervios destrozados, las emociones a flor de piel.

El paciente, o a estas alturas ya más bien ex-paciente, se ve invadido por una suerte de sentimiento contradictorio. De agradecimiento, sí, pero también de rencor: estoy vivo, pero hay que joderse por lo que he pasado. El amante —aquel que ama, sin importar su lazo de unión con el paciente— también recibe su buena dosis de sensaciones: alivio, porque lo peor ya ha pasado, y miedo, por lo que todavía pueda ocurrir. Todo ello compone un nuevo escenario sin orden ni concierto, caótico, abandonado de aquellas ideas tan claras de antaño: combatir la enfermedad.

De nuevo, aparece el drama. Se desborda el refugio donde guardamos nuestras incertidumbres más aterradoras, el espanto, la locura, y comienza a discurrir, como si de lava se tratase, toda la angustia que con tanto celo retuvimos, amenazando con cubrir cada minuto de nuestra nueva existencia. Está claro que no siempre termina la guerra cuando se cierra el último acto de la historia de cada uno de los afectados, sean o no enfermos. En algún momento habremos de encontrar un nuevo punto de salida para finalmente recoger lo que sin duda nos merecemos y por lo que nos obligaron a pelear.

En algún sitio leí algo sobre psicoterapia asistida con caballos y decidí probar. Me encantaban los caballos desde niña aunque no tuve mucho contacto con ellos.

La primera parte del programa consistía en una presentación muy especial. El enorme caballo rubio y yo a solas. El en libertad y yo algo nerviosa. Nos separaba apenas un metro. El muy quieto y yo también. No había prisa, ni reglas, ni condiciones. El dio el primer paso y acercó su nariz, yo decidí corresponderle con una tímida caricia. Ya éramos amigos. No hizo falta más.

Sé que pudo ser cualquier otra cosa: música, pintura, hobbies, pasiones aparcadas, ilusiones dormidas... pero fueron los caballos en los que hallé ese punto de partida para comenzar de nuevo.

Con el tiempo aparecieron los retos, las dificultades y el compromiso. El caballo no regala nada, te lo tienes que ganar, pero su paciencia incansable te permite aplicar variadas estrategias para lograr trabajar en equipo.

El lazo de unión es muy especial. Es un compañero exigente pero que sabe reconocer inmediatamente un trabajo bien hecho. Protesta ruidosamente ante los errores, pero nunca cae en la injusticia y sabe perdonar.

Es excepcional para desenredar el ánimo, simplemente por la simplicidad de su comportamiento. Como el resto de los animales para él solo existe el momento. No conciben otro futuro que el instante inmediato sin cuestionarse si va a ser bueno o malo; lo más fascinante es que te arrastra a su misma filosofía. Te olvidas del ayer y te concentras en el ahora. En aquel ahora que tuve que apartar por ser una amenaza para mi maltrecha estabilidad emocional.

El contacto con los caballos me ha mostrado que aún me quedan fuerzas suficientes para subirme al mundo de nuevo, sin ningún temor.

Quiero mostrar mi agradecimiento a todas aquellas personas que permitieron con su trabajo y junto a mis compañeros, lo caballos, encontrar ese punto de partida tan ansiado.

Gracias